

Retorno

Por: Sonia Scarlett*

Me muevo inquieto. Espero entre sueños ese ligero pitido resonante a lapsos que indica la hora de funcionamiento... La neblina se despeja lentamente de mi vista: parpadeo varias veces para ayudar a despejarla. Me resigno en mi inútil batalla. Me siento débil, atraído por la gravedad.

Apago la alarma, me muevo ausente, no enfoco la vista, repito acciones de todos los días, dudo y me atormento; respiro profundo, tomo valor y salgo de mi pequeño mundo para integrarme a una serie de cadenas que sisean la tierra creyéndola suya.

Hoy no me siento. Espero.

* Egresada de la Licenciatura en Letras Latinoamericanas,
Facultad de Humanidades, Uaemex,
soniascarlett5@gmail.com

Ilustrado por: Liliana Peralta Álvarez,
estudiante de la Facultad de Arquitectura y Diseño, Uaemex,
lilianaperaltaalvarez@gmail.com


Camino entre las personas esperando chocar conmigo, esperando encontrarme.

Me dejo llevar por mis iguales. Miro hacia los lados, y después a lo alto. El cielo parece indeciso, cuidadoso; se mueve pensativo en un tono constante. Sigo caminando. La tierra se mueve, camino dudoso del suelo, lo siento moverse, equivocarme mis pasos, dirigirme... Cierro los ojos. Intento aclararme, estabilizarme. Se mueve, y a cada paso que doy se quiebra. Tengo miedo de tropezar y equivocarme. Mis huellas se clavan en el pavimento. Corro para no destruir, destruir lo que destruyó, y en cada pequeña ruina veo crecer un poco de vida. Me sujeto a un árbol esperando obtener su fortaleza. Me siento perdido, no puedo evitarlo y lloro. Deslizo mi mano por la corteza; la siento áspera, cálida, vieja, viva. Volteo a ver sus hojas que se agitan tenuemente con la brisa; el sol se refleja en ellas volviéndolas tornasol, a veces verdes, a veces grises, a veces blancas. Veo sus ramas oscilar sobre mi cabeza; susurran historias. El aire seca mis lágrimas y acaricia mi cabello, mi rostro... choca conmigo.

Despierto de mi ensueño constante y ahí estoy. Veo a mi alrededor y todo parece lastimar, ensuciar la tierra... Mi corazón se agita. Va a llover.

Debo volver.

Creo que aguardan por mi... Dudo de mi sentir y, entre impulsos que niego, espero. Siento el tiempo: es lento. Miro a lo lejos esperando ver una constante. El cielo amenaza con caer. El camión se acerca, lo detengo y titubeo al subir, al viajar. Fantasmas ocupan los asientos; miro sus rostros y no encuentro nada. Elijo con cuidado un lugar al lado de la ventanilla, parpadeo pesadamente y dejo escapar mi ser encontrado en un suspiro



que se reintegra al mundo. El cielo cruje, cumple su promesa y se deja caer. Brinda sus proezas al hombre y lo deja sentirse inmortal con su toque..., el cielo en la tierra..., las nubes merodean las calles, el camión se detiene en un cruce: pareciese que a las hormigas les tapasen el camino. El ruido sin sentido explota, desciende y se dispersa varado en la nulidad terrenal a expensas de otro ser. Disperso mi mirada.

Odio cómo funciona el tiempo.

La lluvia cae. Inicia esa absurda carrera entre gotas resbalando por la ventana para llegar a una tierra infértil. La existencia se torna borrosa al otro lado del cristal. Regreso la mirada a donde los rumores se vuelven silencios ante las lágrimas de la primera madre. Cambia el color de alto a movimiento. El tronar de la bestia de metal se vuelve ronroneo. El aire se torna pesado y se nubla la vista a lo externo.

Dos...

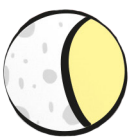
Tres...

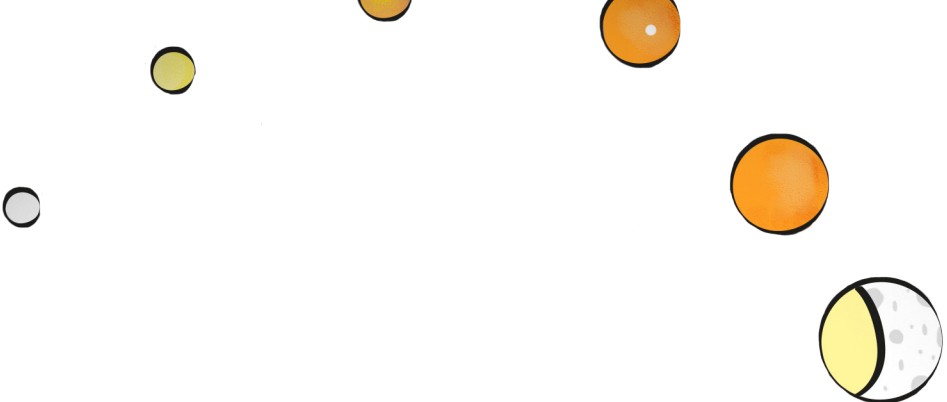
Vuelta.

Suspiro. Se derriten los vidrios. La lluvia cambia de lugar. Las gotas mojan mi hombro.

Primer aviso:

Aquí bajo.





Segunda llamada:

En la esquina.

Último contacto:

Gracias.

Encuentro espejos en el suelo. Si me detengo y observo, veo pedazos de cielo en el suelo. Camino con cuidado... cuidado de no caer en el cielo. Mal movimiento, interrumpo entre las nubes, siento el abismo, caigo... caigo en la eterna condena del ser humano. Solo un cabeceo, el más antiguo de los sueños donde los reflejos fueron otorgados por pecadores, por aquellos que fueron desterrados dada su curiosidad y sucumbieron a engaños. Miro a mi alrededor: el silencio sigue pesado.

El camión sigue varado entre golpes de agua y caos terrenal.

¿Cómo es que la pérdida de un color puede provocar tanto desorden?

Se mueve de nuevo. Las gotas atrapadas en el techo amenazan con caer; se aferran a su densidad.

Una...

Respiro... Necesito bajar.

Permiso.

Mis manos sudan. Creo que me voy a desmayar. Me apoyo en el asiento. Me tropiezo en un movimiento brusco y un sonido pitante. Volteo, sigo en pie, sigo en pie. Camino con dificultad a la puerta, me intento sostener, se abre entre reclamos y satisfacciones.

El camión se detiene para cederme la bajada. Se detiene en una laguna recién creada. Intento saltarla. Caigo con todo mi peso sobre ella. Las gotas me llegan a la cara; la he lastimado. El agua sube por mi pantalón, me siento pesado, intento dar un paso. La laguna me ha atrapado. Me obliga a hincarme. Le imploro perdón, pero el agua sigue subiendo... subiendo... Me cubre la cara. Ya no puedo respirar. Lucho, muevo mi cabeza tanto como puedo, intentando zafarme, me sofoco. Golpeo el vidrio con la cabeza y la vibración hace que las gotas del techo cedan.

No puedo respirar tranquilo, y en contra de miradas extrañadas y burlonas abro la ventanilla. El sonido se vuelve real, no un rumor, no un lamento. Las gotas frías caen en mi cara y creo que puedo despejarme... Respiro... Miro el cielo gris deslumbrante. Veo las gotas caer.

Las veo caer sin sincronía, a placer, un simple placer. Ubico una en la lejanía, en lo alto, lo infinito. La veo tan cerca... Cae en mi pupila una tierna caricia. La gota recorre por dentro todo mi ser y llega a mi vientre haciéndome sentir mujer. Impulsivamente abrazo mi vientre, lo acaricio, lo amo, me estremece... me estremece, me duele, me encoge y en medio de un grito, cae un rayo.

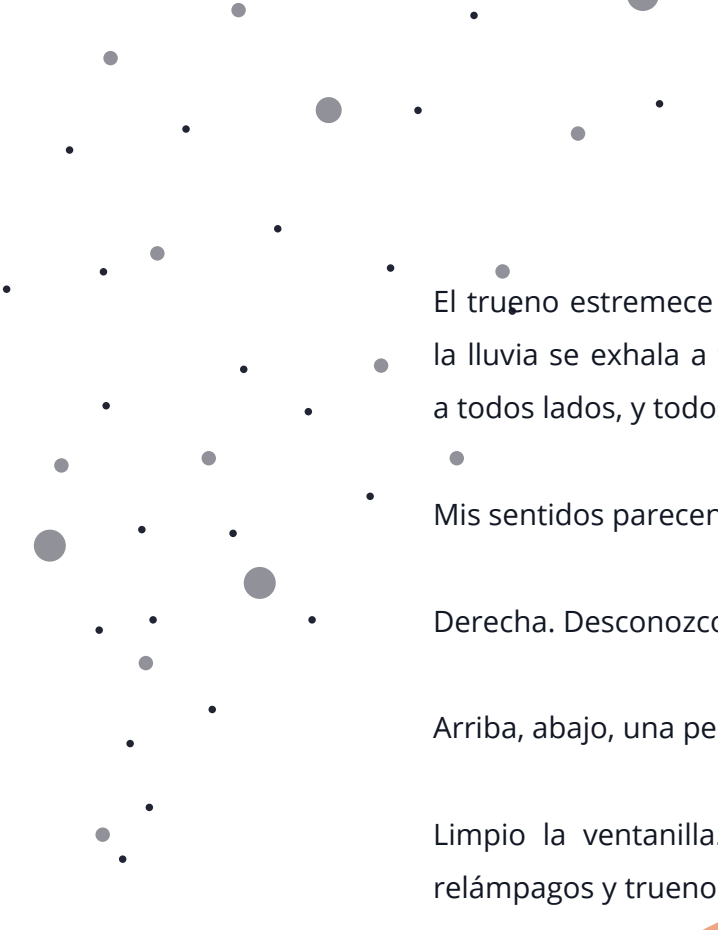
Oscuro.

Silencio.





lealv_art



El trueno estremece los vidrios del camión; el sudor empapa mi frente; la lluvia se exhala a través de mi cuerpo. Empiezo a hiperventilar. Miro a todos lados, y todos parecen indiferentes al aire que golpea los cielos.

Mis sentidos parecen agudizarse y desaparecer por lapsos.

Derecha. Desconozco mi entorno.

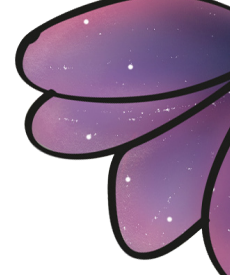
Arriba, abajo, una pequeña colina; cambio de ruta.

Limpio la ventanilla. La luz ha sido sometida por una batalla entre relámpagos y truenos. El aire grita, se estremece, estalla energía.

Me sorprende el momento de mi bajada. Me levanto impulsivamente y me detengo frente a la salida. Me aterra encontrarme en el campo de batalla. La puerta se encuentra abierta. Veo la acera fluir bajo las ruedas. Bajo del autobús sin avisar, sin pensarlo salto y me hundo en el río. Me arrastra la corriente, me jala, me quema los pulmones, ansío el aire. La corriente me guía entre sinuosos caminos submarinos y vueltas cerradas. Golpeo mi cabeza... Abro los ojos antes de tiempo... En un momento el agua se torna espesa y me raspa. Caigo de rodillas y ruedo por el impulso sobre la acera. Me encuentro tirado y escucho la corriente que golpea mi cara; se seca, se seca lentamente. La tierra es un caos. Un precioso caos.

La madre grita sin sonido; golpea y tapa mis oídos.

El aire contesta; trueno enfurecido dando muerte a un antiguo hijo. La tierra vibra y la madre llora, llora la muerte y siente su falta. Golpea y se desarma.



La lluvia está enojada.

En medio de la batalla, del pesar y la furia, me arrastro hasta llegar a su vientre. Observo el árbol caído... Me duele el alma... Tomo la tierra entre mis manos: está fría y cálida, se siente viva. Lloro. La siento palpitar entre mis manos... me duele... Su calor me inunda, me abochorna, sudo, tiemblo y un escalofrío recorre mi cuerpo. Recorre mi espina dorsal provocándome arcadas. No puedo respirar y siento cómo la sangre atravesando mi piel... Cae sobre la tierra y esta se alimenta, se alimenta de ella.

Ya no puedo más.

Silencio.

El aire acaricia las tenues lágrimas restantes de la madre, y su sonrisa ilumina entre las nubes.

Observan.

Observan en calma.

Me encojo; exhalo; grito.

Brota la primera hoja. Mi sudor y sangre manchan la tierra alimentando un nuevo ser, un ser que crece: crece mientras me siento desvanecer... Me encuentro en lo profundo de la tierra, la siento latir: me abraza y consuela. La madre me pide perdón. Me abraza y me adopta. No hay dolor. Suspiro, cierro los ojos, me acurruco y me sostengo en sus entrañas.

Un ruido... fuerte... suave... lejos y más cerca.

Un ruido.

Mi sangre se espesa, la siento pesada. Escucho latir mi corazón: palpita, y la tierra vibra el mismo ritmo... La tierra se acomoda complacida, tranquila. Me acomoda y me fractura; mis costillas se abren, no duele... suena, suena y el eco derrumba ciudades... Mi latir se aligera, cosquillea y crece; respiro y crezco hacia el sol intentando rozar las suaves mejillas de aquella quien observa, quien me abraza.

Respiro.

Mis venas surcaron su camino en la tierra. Mi corazón germina y crezco sintiendo la eternidad en un instante. Veo pasar mil soles sin luna; no veo su muerte, no veo su nacer, solo pasa... El ruido no me sofoca. Me deja vivir... Ella me cuida, me ve diferente... tan cálida, tan fuerte... Me siento débil y el cielo oscurece; se ve violeta, se ve lastimado, se contrae. Un rayo se esparce en el cielo, ilumina la tierra, toca mis ramas, mi ser nacido... Su tacto recorre mi cuerpo y replica su imagen en mis venas clavadas en la tierra, mis raíces.

El cielo y la tierra se tocan de vez en cuando.

Un instante.

El sonido tarda, vibra, se esparce, se mantiene... se mantiene.

